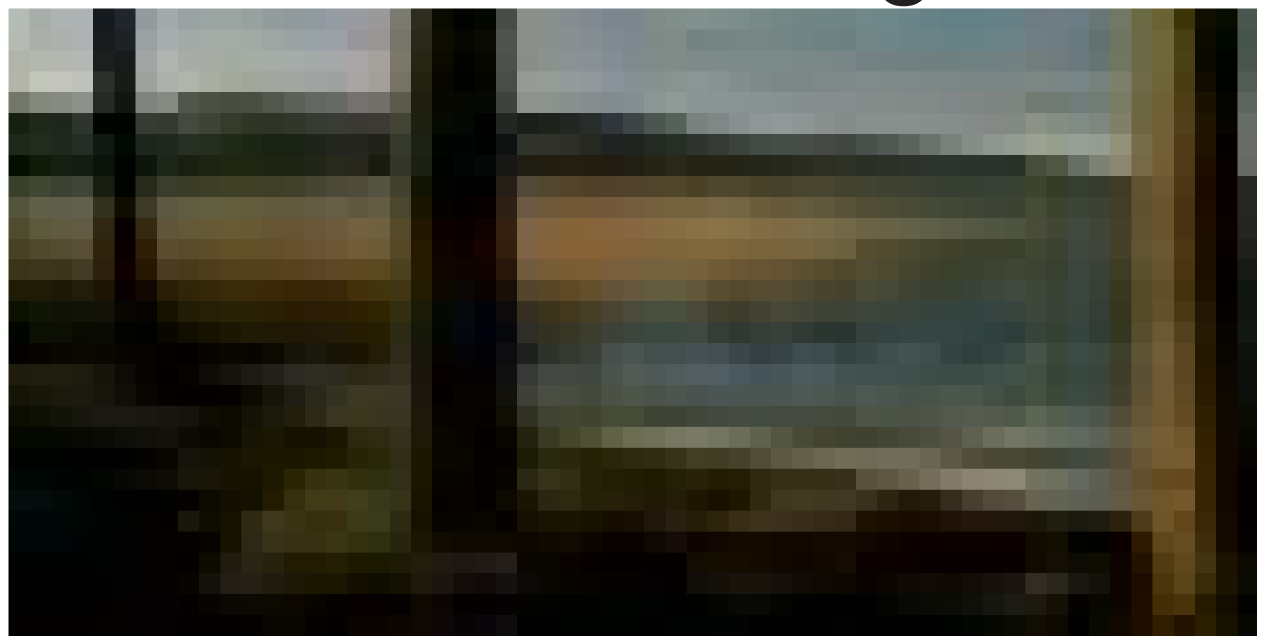


El doctor Zhivago



Boris Pasternak nació el 10 de febrero de 1890. Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1958. Su obra más conocida es el Doctor Jivago cuya acción transcurre en Rusia durante la Revolución, 1917-1921.
Como muchos intelectuales de su tiempo, Boris Pasternak vivió entre el miedo y la inseguridad. Como poeta post-revolucionario trazó una delicada línea entre la obediencia al todopoderoso Estado y su propia conciencia artística.
Pasternak, como otros artistas del momento, hizo lo máximo posible para que el arte sirviera a la vida en vez de que sirviera sólo a la Revolución. Publicó sus artículos, composiciones y poemas bajo el permanente peligro de ser arrestado, como Shostakovich y otras figuras artísticas que vivieron aterrorizadas por el "gran timonel", Josef Stalin.
Pasternak nunca vio el mundo primariamente en términos políticos o sociales. Retrató la vida conformada por el hombre y sus acciones, las profundas corrientes del amor, la fe y el destino. Sus escritos son eruditos y complejos dentro de la gran tradición novelística rusa (Tolstoi, Dostoievsky, Chejov, Sholojov,...)
Mientras se ganaba la vida traduciendo a Goethe, Shakespeare, y los poetas georgianos comenzó a escribir su obra maestra, el Doctor Zhivago, que se terminó en 1956, y fue publicada en Occidente después haber salido secretamente de la Unión Soviética. Doctor Zhivago es uno de los más bellos y conmovedores libros de este siglo. Es la historia de un hombre y su amante que tratan de vivir juntos en medio del caos y la violencia de la revolución rusa de 1917 y la guerra civil que la siguió. El libro está lleno de poderosas metáforas -También de la Naturaleza- que acentúan líricamente el respirar de la vida en medio de tan amarga tragedia.

En el bosque había algunos caballetes hechos con troncos atados en cruz y clavados en tierra. Yuri Andréievich y Alexandr Alexándrovich hallaron uno libre y lo utilizaron para aserrar.
Era ese momento de la primavera en el que surge de la nieve casi con el aspecto con que meses antes desapareció en ella. El bosque trasudaba humedad y estaba todo cubierto de las hojas secas del año anterior. Parecía una habitación en desorden en la que se hubiesen roto recibos, cartas y documentos de muchos años, y que todavía no se hubieran barrido.

- No tan deprisa que se cansará - dijo el doctor a Alexandr Alexándrovich, dando al movimiento de la sierra un ritmo más lento y regular.
Luego propuso descansar un poco. El bosque resonaba bajo el sordo



rumor de las demás sierras, que avanzaban y retrocedían al unísono, o desacordadas. A lo lejos, quién sabe dónde, ensayaba sus fuerzas el primer ruiseñor. (.../...)

El otoño había dibujado ya claramente en el bosque los confines entre el mundo de las coníferas y de las hojas perennes. Erizábase el primero irguiéndose al fondo del bosque como una muralla oscura, casi negra, mientras el segundo traslucía aquí y allá con manchas rojodoradas, como una ciudad antigua con sus aislados palacios de cúpulas doradas construida en el mismo corazón del bosque y con sus propios troncos.
La tierra, llena de hoyos a los pies del doctor, y las rodadas de los caminos del bosque endurecidas por la helada matutina, estaban como pavimentadas por las hojas del sauce llorón, áridas, secas y acartonadas. El otoño olía a ese amargo perfume de las hojas pardas y a otros infinitos aromas. (.../...)

Desde el fondo del campo llegaba, confuso y semejante al lejano mugido del mar, el rumor del campamento. De vez en cuando oíanse los pasos de gentes por el bosque, voces, hachazos, golpes sobre yunques, relinchos de caballos, ladridos de perros y cantos de gallos. Por el bosque vagaba una multitud de gentes bronceadas, sonrientes, de dientes blancos. (.../...)



Boris Pasternak

El bosque, sobre todo en profundidad, estaba aún lozano y verdeante. El sol de la tarde, cayendo, lo penetraba por detrás y las hojas dejaban filtrar la luz y resplandecían con la transparencia de la luz verde del cristal de una botella (.../...)

El bosque estaba salpicado de toda clase de bayas maduras, elegantes racimos de cardaminas, abiertos saúcos de color pardo ladrillo y el blanco purpúreo viburno. Estremeciendo sus alas de cristal volaban lentamente las libélulas abigarradas o transparentes como el fuego y el bosque.
Desde su niñez Yuri Andréievich amaba los bosques a la hora del crepúsculo, esa hora que deja filtrar la luz del ocaso. Era como si sintiese pasar a través de sí aquellas hojas de luz, como si el don de un vivo espíritu, semejante a un torrente, le penetrase el pecho, atravesara todo su ser y saliese volando. (.../...)

Se tumbó en un lugar cubierto de hierba y lleno de las hojas doradas que caían de los árboles. Formaban sobre el suelo como una especie de damero, y de la misma manera se posaban sobre su dorada alfombra los rayos del sol. (.../...)
Una mariposa de color pardo moteado pasó volando contra el sol , como un trozo de tela de colores que se plegase y desplegase intermitentemente. Zhivago siguió su vuelo con los ojos llenos de sueño. La mariposa se posó sobre lo que más se parecía a su color, la corteza parda y moteada de un abeto, con la que se fundió de una manera absolutamente imperceptible. Pareció perderse en ella, del mismo modo que Yuri Andréievich se perdía sin huellas bajo la red de los rayos y las sombras que jugaban sobre él. (.../...)

A la salida del campo y del bosque, al que el otoño había despojado y deja campo libre a los ojos, como si hubiese abierto una puerta para dar entrada a la vacuidad, crecía un bello y solitario serbal de color de herrumbre, único árbol que había conservado sus hojas. Crecía sobre un otero surgido de las enfangadas tierras y elevaba hacia el cielo los chatos corimbos de sus duras bayas, que se abrían sobre la plomiza oscuridad de la intemperie que precede al invierno. Los pájaros invernales de plumas claras como las auroras helada, pinzones y paros, iban a posarse en el serbal, picoteaban lentamente, eligiéndolas, las bayas mayores y, levantando las cabecitas y alargando el cuello, las engullían penosamente. (.../...)